

BALANCE DE MEDIO SIGLO DE ESTUDIO, SALVAGUARDA Y PROMOCIÓN DEL PATRIMONIO MEGALÍTICO DE LA LORA BURGALESA

GERMÁN DELIBES DE CASTRO
Universidad de Valladolid

A la memoria de Eliseo García, Manuel González y Severo Recio, vecinos de Sedano, que hace un cuarto de siglo contribuyeron con su ilusión y con su esfuerzo a desentrañar los secretos del dolmen de Las Arnillas

RESUMEN: *Entre 1976 y 1998 desarrollamos un proyecto de investigación sobre los sepulcros megalíticos de La Lora, centrado especialmente en el entorno de Sedano (Burgos). Veinte años después consideramos obligado ofrecer un balance de aquella tarea, no tanto con objeto de destacar el interés de sus resultados científicos como de denunciar, de cara a posibles futuros trabajos, el enorme deterioro y la desestabilización sufridos por los dólmenes a resultas de su excavación. La enseñanza –todo un mea culpa de los titulares de la investigación– parece clara: no se recomienda emprender nuevas actuaciones arqueológicas mientras no se acompañen de un programa específico de recuperación de los monumentos intervenidos.*

PALABRAS CLAVE: Sepulcros megalíticos, excavaciones, arquitectura monumental, amenazas patrimoniales, restauración y difusión.

ABSTRACT: *Between 1976 and 1998 we developed a research project on some megalithic tombs in the region of La Lora, focused especially on those located in the area of Sedano (Burgos). Twenty years later we feel obliged to present an overview of that project, not so*

ISSN: 0211-8998. B.I.F.G. Burgos, XCVII, 257 (2018/2), (257-282)

Recibido: 28-05-2018

Aceptado: 12-09-2018

much in order to highlight its scientific results, as to denounce for future projects the extreme decay and deterioration that those megaliths have undergone as a result of their excavation. The lesson learnt –a real mea culpa on the part of the main researchers– seems clear: new archaeological works are not recommended if they do not include a strategy for recovering the excavated monuments.

KEY WORDS: Megalithic tombs, excavations, monumental architecture, heritage threats, restoration, diffusion.

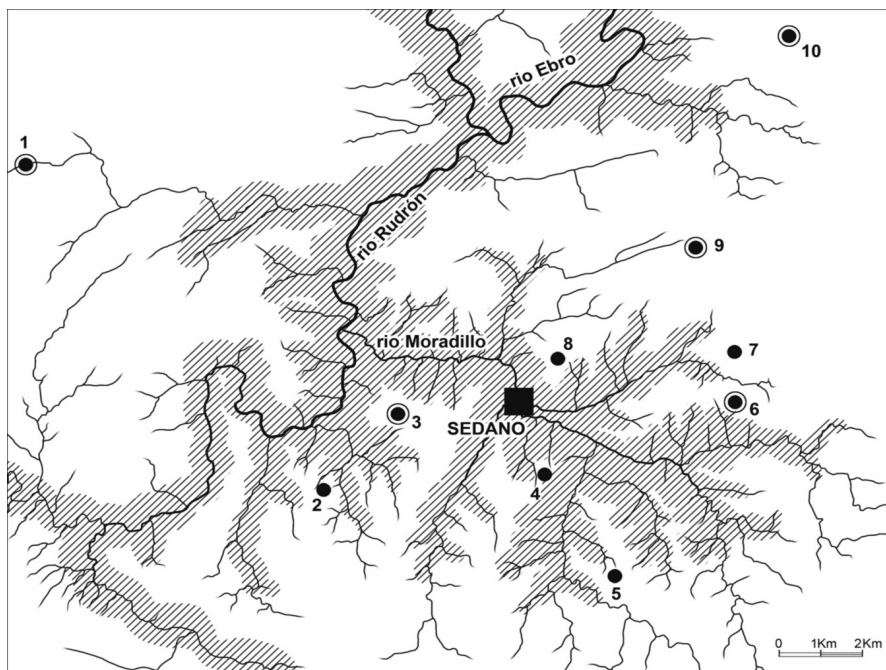
Hace tiempo la lectura de un capítulo (“El baile de los fósiles”) del libro *La ilusión del fin* del filósofo francés Jean Baudrillard (1997) nos produjo un fuerte desconcierto y desasosiego, al poner en cuestión –en lo que sin duda es un brillantísimo y original ensayo– todo o gran parte de lo que los arqueólogos venimos haciendo desde los albores de nuestra disciplina, esto es, excavar, descubrir, interpretar, proteger, divulgar, etc. Sólo el convencimiento de que, en este tema, el discurso de Baudrillard es provocador –el propio de una persona sensible, herida por los culatazos devastadores de la civilización y razonablemente temerosa de que la ciencia y la técnica se conviertan, revirtiendo su sentido primigenio, en una amenaza para el progreso (Clavo 1998)– nos ha permitido desde entonces recuperar la confianza y perseverar en nuestro trabajo, interesándonos como siempre en la búsqueda de nuevos documentos del pasado o en una nueva interpretación de los ya conocidos. Sin embargo, faltaríamos a la verdad diciendo que tras este esfuerzo de racionalización han cesado de retumbar por completo en nuestra mente los ecos del susodicho ensayo. Buena prueba de ello es que ahora, cuando nos disponemos a reflexionar sobre las actuaciones que, junto a Manuel Rojo Guerra, llevamos a cabo durante más de cuatro lustros en los dólmenes de La Lora, no seamos capaces de desterrar de nuestra cabeza el eslogan demoledor del filósofo francés de que “todo lo que se descubre es aniquilado”, completado por un no menos inquietante “cada vez se exhuman más cosas para ser inhumadas inmediatamente después” y aún por la lapidaria frase, alusiva a por ejemplo los cierres de las cuevas de Altamira o Lascaux, de que “la abstracción del valor se basa en el hurto del disfrute”.

Como decimos, creemos haber logrado sobreponernos en líneas generales a los estragos que inicialmente nos produjo la lectura del

artículo de Baudrillard (la sola socialización del conocimiento producida en el campo de la Arqueología en el último cuarto de siglo bastaría, en nuestra opinión, para acallar el grueso de sus críticas), y desde la nueva situación nos sentimos inclusive en condiciones de reconocer que, más allá de la terribilidad de la forma, hay en sus planteamientos un fondo aleccionador: el patrimonio está expuesto a un inevitable desgaste lo que exige dar con fórmulas para su sostenibilidad. 64 años después del descubrimiento de los primeros megalitos de Sedano y transcurridos 47 desde que se efectuó en ellos la primera excavación arqueológica, advertimos cómo muchos de los temores del ensayista francés se proyectan sobre nuestro caso de estudio y cómo, de haberlos tenido presentes desde el principio, podrían haberse conjurado muchos problemas con sólo modificar los criterios de actuación. Todo ello justifica una reflexión sobre este medio siglo de investigación, conservación y revalorización de los dólmenes de la Lora burgalesa, con las miras puestas, naturalmente, no tanto en ensalzar las virtudes del modelo aplicado, puramente intuitivo, como en juzgarlo con severidad a fin de evitar que en el futuro ciertos problemas vinculados, sobre todo, a la supervivencia patrimonial y al disfrute social de tan destacadas arquitecturas vuelvan a repetirse.

1. LA ACTUACIÓN ARQUEOLÓGICA Y SUS PRINCIPALES RESULTADOS CIENTÍFICOS

La existencia de los megalitos del entorno de Sedano se da a conocer por vez primera en las sesiones del IV Congreso Arqueológico Nacional, celebrado en Burgos en 1954, a través de la noticia del descubrimiento de *El Moreco*, en las inmediaciones del pueblo de Nocado (Huidobro, 1955). En 1970, un grupo de arqueólogos encabezados por Basilio Osaba, Director del Museo Provincial de Burgos, acomete la excavación del sepulcro de corredor de *La Cotorrita*, en Porquera de Butrón (Osaba *et al.* 1971; Uríbarri, 1975). Entre 1976 y 1998, un equipo de la Universidad de Valladolid, al tiempo que prospecta un vasto sector de parameras (un polígono, con centro en Sedano y vértices en los pueblos de Masa, Moradillo, Porquera, Sargentos y Nidáguila), que arroja como saldo la identificación de tres decenas de yacimientos, interviene en catorce nuevas tumbas: *Ciella*, *Fuentepecina 1, 2, 3 y 4*, *La Mina y Rebolledo*, en el término de Seda-



Distribución de los sepulcros megalíticos excavados en el entorno de Sedano, distinguiendo con doble círculo los cinco restaurados por la Junta de Castilla y León. A destacar la localización de todos ellos en el plano horizontal de las parameras (en blanco), entre 300 y 400 metros por encima del fondo de los valles (sombreados) de los ríos Ebro, Rudrón y Moradillo: 1. La Cabaña (Sargentos de La Lora); 2. San Quirce (Tubilla del Agua); 3. Valdemuriel (Tubilla del Agua); 4. La Mina (Sedano); 5. Fuentepecina (Sedano); 6. Las Arnillas (Moradillo de Sedano); 7. La Nava Negra o Castejón (Moradillo de Sedano); 8. Ciella (Sedano); 9. El Moreco (Huidobro) y 10. La Cotorrita (Porquera de Butrón)

no; *Las Arnillas* y *Nava Negra*, en Moradillo de Sedano; *San Quirce* y *Valdemuriel*, en Tubilla del Agua; *El Moreco*, en Huidobro; *La Cista*, en Villaescusa y *La Cabaña*, en Sargentos de la Lora (Rojo Guerra, 1993). Desde 1995, por último, la repospección por parte de Miguel Moreno Gallo (2005) de la misma zona ha hecho posible más que duplicar el número de túmulos conocidos.

El resultado científico de tales intervenciones se resume –no es preciso extenderse sobre el particular, puesto que hay otra bibliografía que da cuenta específicamente de ello– en la identificación de un patrón de asentamiento para los dólmenes de la zona, invariable-

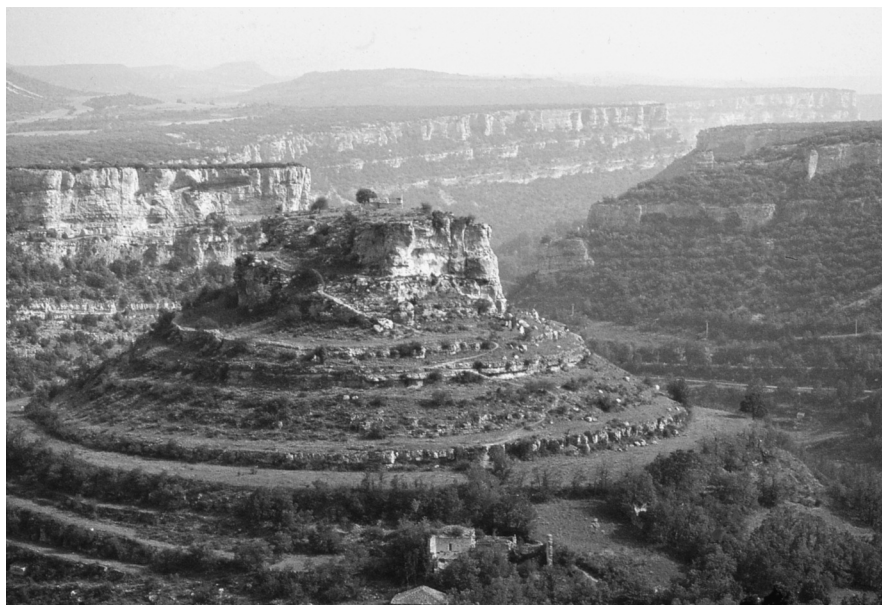


Figura 2. En la sucesión de parameras y cañones fluviales fuertemente encajados que conforma el paisaje de La Lora, los dólmenes se emplazan sistemáticamente sobre los primeros con la intención clara de reforzar su visibilidad. Fotografía desde el Pico Toralbillo (Sedano)

mente instalados en los páramos y collados, descartando los valles encajados y cañones de Ebro, Rudrón y Moradillo (Rojo Guerra 1990); en el reconocimiento del polimorfismo megalítico regional y de una particular secuencia evolutiva (túmulos de enterramiento colectivo premegalíticos-dólmenes simples-sepulcros de pasillo incipientes-grandes dólmenes de corredor), con correspondencia asimismo en el capítulo de los ajuares (Delibes y Rojo, 2003), que se extiende, según el radiocarbono, entre aproximadamente 4.100 y 3.300 cal BC (Delibes y Rojo, 1997); en la percepción de unas determinadas costumbres funerarias (hay un reclutamiento selectivo de los muertos, que privilegia al varón sobre la mujer y que excluye prácticamente a los niños (Delibes, 1995); en el detalle de que, en los momentos más avanzados de la secuencia, no son raras las trepanaciones craneales (García Ruiz, 1993); y en un estudio de las interferencias hombre-medio, no poco limitado, bien es cierto, por la dificultad que en esta zona entraña reconocer los lugares de habitación de la época (Delibes *et al.* 2011). El hecho cierto es que esta decena larga de excavaciones

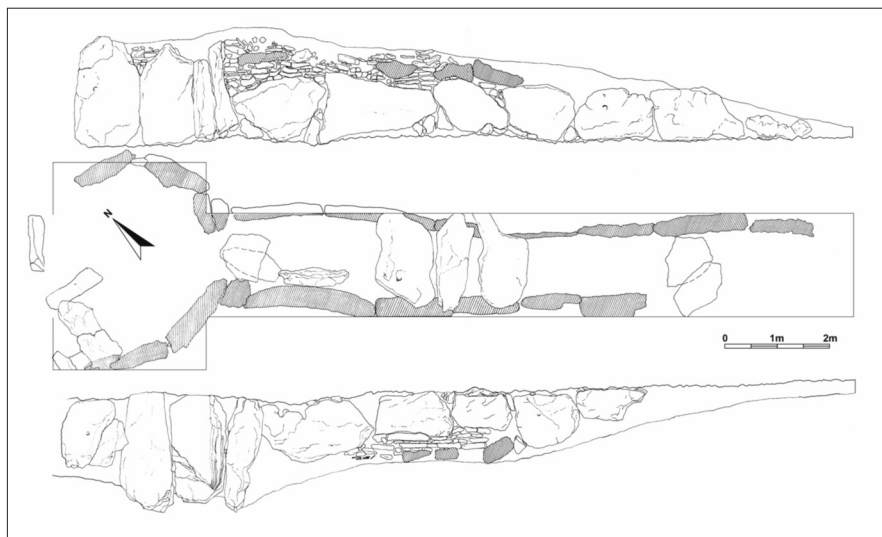


Figura 3. Planta y alzados del sepulcro de corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano) durante las excavaciones de 1980. Con trama rayada las secciones de los ortostatos y de las cubiertas adinteladas del pasillo

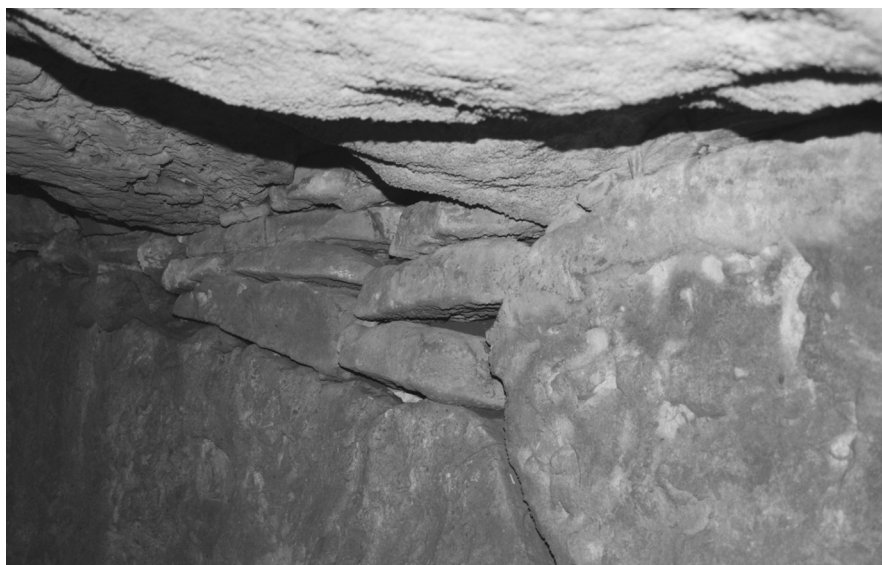
aportó un aceptable bagaje de conocimientos que serviría para que los megalitos de La Lora burgalesa, pese a ser un foco indudablemente menor –poco que ver con la densidad y la grandiosidad de los hallazgos de muchas zonas de Galicia, de Portugal, de Extremadura, del occidente de Andalucía o del Sudeste–, adquirieran cierto protagonismo en el marco de estudio del fenómeno dolménico peninsular.

2. LA DEVASTACIÓN DEL PASO DEL TIEMPO Y LOS DAÑOS COLATERALES DE LAS EXCAVACIONES

Finales de los años 70 del siglo XX. Prácticamente se acaba de conocer la existencia de dólmenes en esta zona, desmintiendo lo apuntado en todas las síntesis sobre el tema que destacaban el vacío de tales estructuras en la Meseta. Además, como queda reflejado en relevantes trabajos de Juan Maluquer (1974) y Hubert Savory (1974), también por entonces se polemiza sobre las raíces occidentales-portuguesas u orientales del foco megalítico vasco, reivindicándose para las tierras centrales de la Península, pese al aparente vacío de



Vista de la embocadura del corredor, desde la cámara, del dolmen de Las Arnillas (Moradillo de Sedano). Excavaciones de 1980



Pared septentrional del corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano): detalle del aparejo pequeño de piedra en seco, bastante regular sin llegar a isódomo, que se dispone sobre los ortostatos del pasillo para mejorar el apoyo de los dinteles

hallazgos en ellas, un puesto en la correa de transmisión Oeste-Este de dicho fenómeno. Quiere esto decir que la expectación que genera el descubrimiento de nuestro conjunto megalítico es grande, tan considerable como la ilusión inicial del proyecto investigador que acometemos. Para ser sinceros, en aquel primer momento no existe la menor preocupación de orden patrimonial: el objetivo se centra exclusivamente en obtener conocimiento, sin apenas reparar en el precio que dicho conocimiento comporta en términos de erosión monumental. En realidad en mi interior y en el de Manuel Rojo, los dos valedores científicos del proyecto, latía la ingenua convicción de que el trabajo arqueológico, dejando exentas las estructuras megalíticas, acrecentaría automáticamente la relevancia y el atractivo visual de los yacimientos, o, en otras palabras, la idea de que las arquitecturas primigenias, al emerger limpias de la tierra, lucirían en todo su esplendor y devendrían más comprensibles para el visitante profano. No se preveía, hoy es fácil reconocerlo, que las intervenciones arqueológicas llegaran a convertirse en la principal amenaza para la supervivencia de los monumentos.

Sin embargo, la realidad que se ofrecía a nuestros ojos hacia 1985 no podía ser más devastadora y habría sido por sí sola suficiente para justificar el aserto de Braudrillard de que “todo lo que se descubre es aniquilado”. Transcurridos sólo unos pocos años desde su excavación, los dólmenes presentaban un estado desolador. El aura de nobleza que nimbaba a los monumentos antes de su exhumación, incluso en aquellos solo torpemente figados y hurgados por los habitantes de la zona con anterioridad, se había desvanecido y los sitios, con los ortostatos inclinados o vencidos, no pocas veces rotos (ciertamente, en el estado en que aparecían), con los hormazos de los túmulos despojados de la tierra y de la asentada vegetación que los envolvían superficialmente, con los perfiles de las catas –antes verticales– desplomados y con un sucio y oportunista herbazal crecido por doquier al calor de una tierra removida y oreada por los trabajos arqueológicos, no parecían sino escombreras, mechinales salpicados de jirones de piedra, en los que lejos de resultar más sencilla la comprensión estructural de los monumentos, sólo se advertían las miserias de una arquitectura devastada. Estaba claro que el desvestido o retirada del envoltorio de tierra que fosilizaba los dólmenes, por muy sistemático y ordenado que hubiera sido, no sólo no había facilitado la comprensión de las estructuras subterráneas, sino

que acentuaba su desprotección convirtiéndose, paradójicamente, en una de las principales amenazas para su integridad. Unos peligros, en todo caso, nada diferentes de los que se cernían sobre los dólmenes no menos bienintencionadamente explorados de otras muchas zonas como Bretaña (Le Rouzic, 1939), Galicia (Cebrián *et al.* 2011), el País Vasco (Rodríguez *et al.* 2015), el Bajo Guadalquivir (Rodríguez Hidalgo, 2001), la Sierra de Aracena (Nocete *et al.* 1999), el norte de Extremadura (Bueno *et al.* 1999) o el Alentejo portugués (Oliveira, 2016).

La gravedad del desmantelamiento que mostraban los dólmenes excavados era, a mediados de los 80, tan acentuada que al responsable de las Altas Merindades del “Diario de Burgos” no le quedó más alternativa que denunciar con severidad la situación tomando como referencia el deterioro de *El Moreco* de Huidobro. Para entonces, sin embargo, la Junta de Castilla y León, avisada del problema, ya había iniciado los trámites para la recuperación –simple adecentamiento en algún caso– de los yacimientos. Se trataba, por un lado, de intentar devolver a las ruinas parte de la grandeza y majestuo-



Devastación del dolmen de El Moreco (Huidobro) acreditada durante las excavaciones de 1984. Indudablemente las intervenciones arqueológicas representan un daño para los monumentos pero en este caso llovía sobre mojado

sidad perdidas; también de invertir el sentido –utilicemos un eufemismo– de la deconstrucción arqueológica; y por otro, de restituir desde la contención y la sobriedad algún elemento mutilado –siempre que de su existencia original no hubiera duda, problema éste denunciado en otros casos (Soulier *et al.* 1996)– con objeto de hacer más comprensible la organicidad arquitectónica y la forma de uso de los monumentos. En definitiva, la idea era aplicar un protocolo de consolidación y restauración bastante universal (p.e. Baseta, 1996; Torpiano, 1996; Cebrián *et al.* 2011; Aboal y Porto, 2012; Rodríguez *et al.* 2015) y acorde a los principios de autenticidad y reversibilidad exigibles a cualquier restauración monumental (Rivera Blanco, 2005: 386).

3. UN PROYECTO DE CONSOLIDACIÓN, RESTAURACIÓN Y RESTITUCIÓN

En dicho escenario, no fue difícil la decisión de reinhumar simplemente, bajo un nuevo túmulo, aquellos dólmenes que, como en el caso de *San Quirce*, de *Ciella* o de *La Mina*, se habían mostrado tras la excavación casi por completo arrasados. En *El Moreco*, *Las Arniillas*, *La Cabaña*, *La Cotorrita* y *Valdemuriel*, que conservaban en pie gran parte de las estructuras originales, la intervención fue, en cambio, más compleja, desarrollándose labores de consolidación, de restauración e inclusive de restitución (Lerín *et al.* 2004), siempre en este último caso, como ha puesto especial énfasis en señalar Ignacio Represa, arquitecto director de los trabajos, huyendo de falsificar o reinventar y de intervenciones que no tuvieran marcha atrás (Delibes *et al.* 1993; Delibes 2000). Quede claro, pues, que en aquellos trabajos de recuperación no hubo más añadidos que los obligados para hacer inteligible la *forma monumental* y que éstos, además de ser reversibles, se apoyaron siempre en una documentación fidedigna, a fin de evitar confusiones como las criticadas por Giot (1983) a propósito de la fachada del túmulo de Newgrange¹.

La intervención en las estructuras ortostáticas, más allá del apuntalamiento o de la opción de enderezar algún bloque caído, a fin de

¹ Algunos, como el referido Giot, desconfían de la autenticidad de la fachada de grandes cantos de cuarzo; otros, que la asocian a la etapa del Vaso Campaniforme, simplemente dudan de su cronología megalítica. (Lynch, 2014).



Obras de recuperación en el dolmen de Las Arnillas (Moradillo de Sedano): recreando el túmulo. En primer término la valla individualizadora del monumento

devolverle su original verticalidad, se ha limitado casi a la restitución de las losas imprescindibles para garantizar la estabilidad del conjunto o, no menos importante, para conseguir la impresión de un ambiente cerrado (en el caso de las cámaras) o de un lugar de paso (en los *dromoi* o pasillos de los sepulcros de corredor). Losas siempre naturales, de calizas tableadas locales como las que empleó en su día el constructor neolítico, con lo que se logra una gran armonía en el conjunto del yacimiento, aunque al precio –se va viendo con los años– de hurtar al visitante información sobre qué es añadido y qué auténticamente prehistórico. En todo caso, las losas incorporadas respetan la posición y reproducen las dimensiones de las que hubo primitivamente, gracias a que durante la excavación se puso buen cuidado en localizar y documentar sus improntas en el suelo del páramo (Delibes, 2000; Lerín *et al.* 2004).

La apuesta por una recuperación blanda o poco agresiva aconsejó no actuar en las cubiertas camerales. Ya se ha señalado la importancia concedida por el arquitecto Represa a que el visitante, llegado a la cámara del megalito, tuviera la sensación de acceder a un recinto cerrado: es el espacio *sagrado* del interior del monumento funerario, frente al exterior, *profano*. Y nada más evidente que tal sensación se habría conseguido mucho más eficazmente ingresando

en un recinto techado como sin duda lo estuvo en su tiempo la susodicha cámara. Sin embargo, el desconocimiento de cómo fue, en rigor, tal cubierta y la circunstancia de que no hayan sobrevivido en ninguno de los monumentos excavados en esta zona testimonios concluyentes de su sistema constructivo (Delibes *et al.* 1993: 24-25), han aconsejado prescindir de ella, al precio de producir un problema de encuentro entre la parte superior de las paredes megalíticas y las cotas más altas del túmulo envolvente. No se ha planteado ese problema con las tapaderas del corredor, que se saben planas por el hallazgo de dinteles *in situ* en *Las Arnillas*, *Ciella* o *La Cabaña*, lo que animó a reubicar en su sitio aquellas caídas e incluso a añadir otras no estrictamente documentadas por entender que, con tan recatada medida, se transmitía eficazmente al visitante la idea de transitar por el angosto pasadizo subterráneo –poco más que una gatera por la que introducir los cadáveres a rastras– que daba paso a la cámara.

La recuperación de los túmulos (del latín *tumulus*, elevación), esto es, de los montículos de piedra y tierra que protegen y multiplican el porte de los megalitos subyacentes, fue sin duda otra de las tareas clave de la recuperación. Rebajados simplemente por la erosión natu-



Aspecto del corredor del sepulcro megalítico de La Cabaña (Sargentos de La Lora) durante su excavación en 1989



Vista general del dolmen de La Cabaña (Sargentos de La Lora), recompuesta ya la geometría del túmulo y establecido un perímetro de respeto en torno al yacimiento

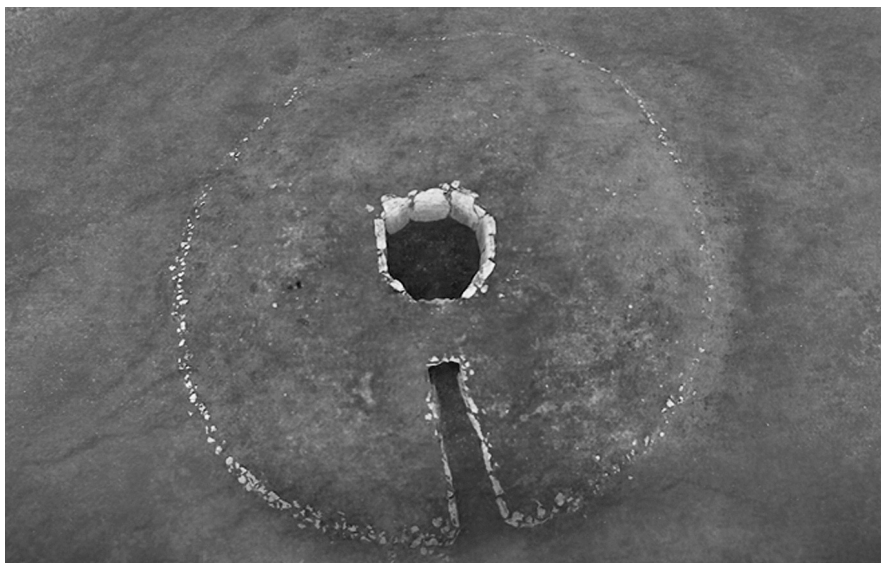


Imagen aérea del túmulo de La Cabaña, ya restaurado, arrojando en su interior el sepulcro de corredor. El tiempo y el trabajo que le dedican, además de la sensibilidad y el orgullo que sienten por su pasado los vecinos de Sargentos, hacen posible que, veinte años después de la intervención de la Junta de Castilla y León, el dolmen de La Cabaña luzca así de saludable

ral en algunos casos (*La Cotorrita* de Porquera de Butrón), mutilados otros periféricamente por la acción del arado (*La Cabaña*) y todos sin excepción seriamente heridos por las excavaciones, se optó por devolverles su volumen primitivo. Para fijar un criterio al respecto se tuvo en cuenta, por un lado, la situación registrada en el túmulo de *Las Arnillas*, donde la altura del montículo superaba a la de los ortostatos, y, por otro, la referencia del radio máximo conservado –las plantas de los túmulos son redondas o levemente ovales–, con lo que se evitaba el riesgo de sobredimensionar los túmulos como acontece en Maeshowe (Davidson y Henshall, 1989: 142-145). Por último en el recrecimiento tumular se tuvo la precaución de crear a techo una coraza de piedras calizas idéntica a las diseñadas por los primigenios constructores neolíticos, la cual, además de servir como protección, tienen la virtud de absorber una humedad que a la postre resultará clave para la fijación de un tapiz vegetal, que se mantiene llamativamente verde incluso en esos dos meses de agostamiento –de mitad de julio a mitad de septiembre– a los que cada verano se ven sometidas estas tierras.

Por último, tras no pocas vacilaciones, se tomó la decisión de individualizar cada monumento, de abstraerlo de su entorno inmediato, mediante un rústico vallado de piedra en seco, de planta rectangular. Un postizo, desde luego, que aunque pueda producir equívocos (el profano a veces se pregunta si aquello forma parte también del conjunto prehistórico), representa, pese a sus escasos 70 centímetros de alzado, cierta protección (impide el paso de las vacas y caballos que en estos páramos pastan en régimen de semilibertad), a la vez que aporta un elemento de referencia horizontal que contribuye a resaltar la mole de los túmulos. Un modo, en suma, de significar el carácter de hito espacial y de referente paisajístico que también en su época tuvieron los sepulcros dolménicos.

4. UN PROGRAMA DE DIFUSIÓN: EL AULA ARQUEOLÓGICA DE SEDANO Y EL ITINERARIO DE LOS DÓLMENES DE LA LORA BURGALESA

En realidad, los proyectos de consolidación/restauración y de difusión se gestaron de forma independiente. El primero, una vez descontados los monumentos que por su estado ruinoso decidimos resepul-

tar, fue aplicado a cinco dólmenes que presentaban estructuras arquitectónicas de indudable relevancia pero en cuya selección hoy no dejamos de ver algunos problemas: los accesos a dos de ellos (*Valdemuriel* y *Las Arnillas*) eran largos y tortuosos –casi seis kilómetros de camino intransitable para vehículos normales–, y en el caso de *La Cabaña*, de *El Moreco*, de *La Cotorrita* y nuevamente de *Las Arnillas* existía el inconveniente de que todos repetían el mismo esquema arquitectónico (sepulcros de corredor muy desarrollado), de manera que, incluso viéndolos todos –cosa sólo reservada en principio a personas con un interés especial, ya que la distancia entre ellos es considerable–, al visitante se le hurtaba una de los rasgos esenciales del megalitismo sedanés: la diversidad de tipos arquitectónicos. Todo ello, sin duda, acabaría siendo un lastre para el proyecto de divulgación. Pero veamos la forma en que se articuló éste.

Como la simple exhibición de los monumentos no bastaba para aleccionar al visitante más profano sobre el contexto social y económico en que se desarrollaron tales construcciones, la Dirección General de Patrimonio de la Junta de Castilla y León pensó desde el primer momento en completar el itinerario de los dólmenes de La Lora con la creación de un Aula Arqueológica, ubicada por razones de centralidad geográfica en el pueblo de Sedano. Tiene como marco una modesta sala del Ayuntamiento y un patinillo anexo y en ella, a través de paneles, de maquetas, de reproducciones de elementos de ajuar y de la recreación a tamaño natural de una cámara megalítica con su correspondiente osario, se proyecta una imagen asequible y correcta de lo que fue en la comarca el fenómeno dolménico. Es, en cuanto a información, el núcleo del itinerario, ya que fuera de él no hay más indicadores que algunas lacónicas señales de carretera y los atriles informativos, más bien ligeros de contenido, instalados junto a cada monumento.

El Aula, diseñada y materializada por la empresa Arquetipo (1998), convierte los datos científicos en un discurso al alcance de cualquier público. Podría ser lo mismo colofón que punto de partida del itinerario, pero parece más conveniente lo segundo para que el visitante se estrene en el primer yacimiento sabiendo –sobre esto versan los paneles– qué son, cómo se construyen y de cuándo datan los dólmenes, o, no menos importante, dónde vivían y cuales eran las estrategias económicas de las comunidades propietarias de aquellas tumbas colectivas. En la misma sala se expone además la maqueta

de un sepulcro al que, accionando un mecanismo, se despoja de túmulo y cubiertas para descubrir su “tesoro”: el conjunto de esqueletos y ofrendas fúnebres que encierra. No más, en este último caso, que un anuncio de lo que espera al visitante en la otra sala cuyo fondo se ha convertido mediante seis ortostatos de fibra de vidrio en una cámara casi circular, con suelo de tierra y cubierta lúnea (la que intuimos rigió en estas construcciones), a la que se accede por un pasillo (demasiado corto por falta de espacio) que recuerda también al de las tumbas de corredor. La estructura, de tamaño más o menos natural, genera sin duda curiosidad e invita a penetrar al oscuro *locus*, máxime cuando fuera, en el patio, dos maniqués se sirven de unas andas para trasladar hacia allí un cadáver, anticipando su significado. Ya dentro, la imagen del calavernario, abigarrado y agobiante, con sus elementos de ajuar (hachas pulimentadas, láminas, geométricos y puntas de flecha tallados en pedernal, algún útil de hueso...), se hará aún más solemne con una iluminación adecuada y con una voz en *off* que explica los pormenores de la ceremonia fúnebre, sin olvidar el sentido de un tercer maniquí que espolvorea ocre (símbolo mágico de la vida) sobre las inhumaciones.

¿Qué papel informativo se reserva a los atriles de los yacimientos? Aunque en un primer momento existió la duda de si debía plasmarse en todos ellos un mismo y rutinario mensaje, válido para cualquier dolmen, lo que, habría sido decepcionante para quienes completaran la totalidad de la ruta, al final prevaleció la idea de que, sobre un tenue fondo contextual, en cada uno de ellos se comentara algún rasgo particular del monumento correspondiente (Arquetipo, 1998; Delibes, 2000). Por ejemplo, en *La Cotorrita*, donde se exhumó en su día un notable osario, se insiste sobre todo en que los monumentos fueron lugares de enterramiento colectivo de larga duración; en *El Moreco*, inspirándonos en el colosalismo de su construcción, se comentan aspectos estructurales y arquitectónicos de las tumbas, explicando qué se entiende por cámara, por corredor, por túmulo o por ortostato; *Las Arnillas*, con su relevancia espacial y enorme campo de visibilidad, constituyó una buena posibilidad para reflexionar sobre el significado territorial de los dólmenes; en el panel de *La Cabaña*, aprovechando la vecindad de una cantera inmediata al arroyo Navazal, con lastras naturales idénticas a las de los sepulcros neolíticos, vino a especularse sobre la ingenuidad de la “ingeniería megalítica”; y en *Valdemuriel* se partiría del primitivismo y de la

antigüedad de su arquitectura (un sepulcro de corredor embrionario de hacia el 4.000 cal BC) para participar al visitante que aquel monumento respondía a uno de los diferentes modelos dolménicos documentados en la zona. Así, pues, en los atriles se conjuga un fondo de información general con especificidades del cada monumento.

5. BALANCE CRÍTICO: LA ACTUACIÓN EN LOS MEGALITOS SEDANESES ANALIZADA UN CUARTO DE SIGLO DESPUÉS

1. Consideramos que, *en el plano científico*, no hay razones suficientes para arrepentirse de la intervención arqueológica en los dólmenes de Sedano. Ha aportado y sigue aportando información sobre un fenómeno de la prehistoria reciente antes desconocido en esta zona; ha servido, sin duda, de estímulo para que en otras áreas del norte y centro de la Península Ibérica –pienso en La Rioja, en Cantabria, en el alto Duero, en la Tierra de Campos– se hayan desarrollado trabajos análogos produciéndose una sinergia enormemente positiva para conocer el megalitismo ibérico más allá de las regiones “clásicas”, es decir de la fachada atlántica peninsular, del sudeste y de las tierras pirenaicas; y ha contribuido a acercar a la sociedad las claves del funcionamiento de las tumbas dolménicas.

Eso en el haber; pero en el debe, algunos reproches. La falta en origen de un verdadero proyecto de investigación, con unos objetivos, un planteamiento y un plan de trabajo perfectamente prefijados, fue desde luego un lastre para todo el proceso de intervención y –en tanto causa, también, de que a la postre se excavara más de lo necesario– un perjuicio patrimonial. En este sentido, hay que reconocer que la investigación que inicialmente impulsó desde Madrid la Subdirección General de Arqueología del Ministerio de Cultura tuvo algo de errática: no partió de una exhaustiva prospección de la zona ni de un perfecto conocimiento de la realidad arqueológica existente; según se iban descubriendo nuevos dólmenes nos asaltaba la urgencia de proceder a excavarlos, aunque –como en *Ciella*, *La Mina* y la *Nava Negra*, escenarios de las tres primeras intervenciones– se hallaran casi destruidos, lo que explica la escasa información en ellos obtenida. Se actuó excesivamente sobre la marcha y faltó una selección reposada de los documentos en los que interve-

nir en función de los problemas a resolver, lo que hoy nos obliga a admitir que con haber excavado *Rebolledo*, *Fuentepecina 2*, *Valdemuriel*, *Las Arnillas* y poca cosa más, esto es la mitad de los catorce túmulos intervenidos, el acopio de información no habría sido inferior al 90% de lo conseguido.

No compartimos la alambicada afirmación de Baudrillard (1997) de que las exploraciones arqueológicas son hoy una terapia que la especie humana se aplica compulsivamente para, en un mundo amnésico en el que prevalece el olvido (el mundo del “fin de la historia” de Fukuyama), reactualizar por la fuerza aquello que, de puro antiguo, ya ni tan siquiera recordamos, caso de lo prehistórico. La cosa se nos antoja mucho más fácil: detrás de nuestros gestos no hay más que aquella curiosidad que ya mostraron los griegos ante los enterramientos carios de la isla de Delos y que no ha dejado de perseguir al hombre desde que lo es. Sólo el alto precio patrimonial del ejercicio de dicha curiosidad, esto es el convencimiento de que nuestro trabajo es destructivo, representa un obstáculo ético para la práctica de la Arqueología, de ahí nuestro “*mea culpa*” por una intervención que no hemos dudado en reconocer descompensada y algo excesiva en los dólmenes de La Lora. La idea sofisticada del filósofo de que el secreto desenterrado es capital simbólico perdido y un poco muerto, una vez se convierte en capital museístico y folklórico, sólo es retórica ante una realidad tan palmaria y objetiva como aquella, y no introduce matiz alguno a la hora de reafirmarnos en la necesidad de excavar poco y de infligir el menor daño posible a los yacimientos inclusive en nombre de la ciencia. Una afirmación que no es menos alarmante por saber que los daños infligidos en los dólmenes por otros agentes pueden llegar a ser todavía mayores (Mariezkurrena y del Barrio, 2007).

2. Una indudable enseñanza *en el terreno de la restauración* es, insistiendo en la enorme capacidad destructiva de la actividad arqueológica reglada, la necesidad de que se contemple por sistema un plan de recuperación y conservación de los monumentos tras las intervenciones. Hay que proyectar la “*post-excavation*”, por servirnos del término utilizado para denunciar los problemas de este tipo que hubieron de afrontarse en Newgrange (O’Kelly y O’Kelly, 2002). La gravedad de los daños que produce la excavación es, demostradamente, tan grande que, en caso de recaer sobre nosotros la responsabilidad de conceder o no permiso para su realización, supeditaría-

mos en gran medida la decisión a la existencia de un plan de recuperación ulterior. Hemos tenido la oportunidad de comprobar, leyendo la tesis doctoral de Fernando Carrera (2005), el estado en que se encuentran la mayor parte de los dólmenes del oeste peninsular con arte megalítico después de haber sido excavados y sólo puede tildarse, con contadísimas excepciones, de lamentable: han devenido en auténticos muladares y el aspecto que presentan es tan penoso, que uno no puede sino arrepentirse de que desde el ámbito científico se haya alentado la profanadora excavación que casi acaba con ellos. Evidentemente, apenas existe margen para dar marcha atrás y no tiene mucho sentido seguir lamentándose, pero la enseñanza de cara al futuro es incuestionable: veto firme a cualquier excavación que no prevea un proyecto de conservación y restauración posterior.

Sobre cómo debe ser y cómo ha sido la tarea restauradora en los túmulos de Sedano, también son precisos unos comentarios. A los responsables nos obsesionaron dos cuestiones, sin duda esenciales, en un trabajo de este tipo, como han subrayado Poissonnier (1996) y Soulier *et al.* (1996): que la restauración-restitución fuera reversible y que el resultado final no se convirtiera de ningún modo en una falsificación del pasado. Esto último nos obligó a ser extremadamente pulcros en cuanto a mantener la forma monumental revelada por la investigación, sin sugerir ni mostrar más de lo acreditado científicamente; era necesario evitar el conocido como “síndrome de Disneyland” y desterrar el peligro postmoderno de acabar creando, como dice E. Junyent, un patrimonio que no es el heredado. No hay por qué negar que la observancia de ambos extremos, reversibilidad y contención, fue una de las virtudes de nuestra actuación, aunque haya dos pequeños borrones que desluzcan tan buenos propósitos. Uno de ellos es que los ortostatos repuestos no se diferencian apenas de los originales, cuando en principio el proyecto de restauración contemplaba distinguirlos con un contraste metálico en evitación de confusiones para el espectador más exigente (p.e. Rodríguez *et al.* 2015: 112); y el otro concierne al recrecimiento de los túmulos, llevado razonablemente en todos los casos hasta las cotas cimeras de los ortostatos camerales pero sin la precaución de interponer un testigo, a manera de límite, entre la superficie del túmulo estrictamente prehistórico y la base del paquete de tierra y piedras depositado sobre él. El tipo de intervención, por tanto, no facilita en este caso la marcha atrás aunque siempre resta la opción

de devolver a los montículos su aspecto original tomando como referencia –para despejar los añadidos recientes– las cotas de superficie cuidadosamente anotadas en plano antes de o durante la excavación de cada monumento (Rojo Guerra, 1993).

3. Tampoco es irrelevante lo aprendido de la experiencia de La Lora en materia de *salvaguarda y proyección social* de los dólmenes. Es indudable que poner al alcance del ciudadano los yacimientos y hacérselos comprensibles es una manera de apostar por su futuro, aunque, como sucede con toda la Arqueología de Consumo, también suponga un riesgo de erosión patrimonial (Mariezkurrena y del Barrio, 2007). La mayor queja que pueda expresarse en relación con los monumentos sedaneses se refiere a la inexistencia de una mínima custodia. No hay unos vigilantes que con su sola presencia recuerden el respeto que merecen las ruinas e impongan un buen uso de ellas. Nuestros dólmenes, es inútil negarlo, están un tanto dejados de la mano de Dios y su abandono y desprotección –difíciles de comprender a la vista de la nada desdeñable inversión pública efectuada en ellos– llega al extremo de que al día de hoy, dos lustros después de finalizadas las obras de recuperación, aun esperan ser objeto de una inspección seria, de un diagnóstico y de unas atenciones básicas, por más que sea fácil comprobar que las zarzas bloquean ya y amenazan ruina completa del corredor de alguno de ellos (*El Moreco*). ¿A qué espera la administración competente, que en agosto de 1993 les reconoció “Bienes de Interés Cultural, en la categoría de Zona Arqueológica”, para comprometer a los municipios en su cuidado? Resulta incomprensible que a estas alturas no exista un estatuto jurídico para nuestros megalitos. Si, como resulta obvio, el patrimonio arqueológico recuperado no se salvaguarda, protege, y gestiona por sí sólo, y si los yacimientos que se ponen en valor, como se dijo antes, sufren irremediablemente el desgaste del uso, parece claro que nunca debería procederse a convertirlos en vulnerables instrumentos de ocio mientras no exista la certeza de que las instituciones están dispuestas a velar por su supervivencia.

Ya en otra ocasión manifestamos nuestro escepticismo sobre la posibilidad de que los megalitos de La Lora llegaran a ser por sí solos elemento dinamizador del turismo cultural de esta zona (Delibes, 2000), a la vez que mostrábamos la esperanza de que otros atractivos comarcales (iglesias románicas de Moradillo y Gredilla, Museo del Petróleo de Sargentos, campo petrolífero de Ayoluengo,



La vegetación no tarda en adueñarse de los túmulos después de restaurados, poniendo en peligro su integridad: La Cotorrita (Porquera de Butrón).



Las zarzas nacidas en el corredor del dolmen de El Moreco (Huidobro) terminaron arruinándolo

cañones del Ebro y del Rudrón, hayedo de Huidobro, pueblo rupestre de Orbaneja, surgencia del Pozo Azul, en Covanera, etc) actuaran como señuelos complementarios. No disponemos de cifras exactas de cuántos visitantes recibe anualmente el Aula ni aproximadas de los que se desplazan a los yacimientos recuperados, pero se puede asegurar que no son demasiados, lo que proyecta alguna incertidumbre sobre el futuro del Itinerario de los Dólmenes de Sedano (Val y Escribano, 2004; Delibes, 2000). Un factor que incide negativamente en dicha situación, muy a tener en cuenta en futuros proyectos de puesta en valor de monumentos megalíticos, es la descentralización de la visita, el hecho de que ésta se dirija no a uno sino a varios yacimientos separados por bastantes kilómetros de incómodo desplazamiento (aunque la proximidad entre ellos a vuelo de pájaro sea ostensible). Por de pronto, ello ha impedido que se concentren los esfuerzos de la iniciativa recuperadora y divulgadora en un único escenario, lo que supone diluir un tanto el efecto de ese primer impacto visual que tan importante suele ser para el éxito de esta clase de empresas. Pero esto es lo que hay; sólo existe la posibilidad de contemplar un dolmen en cada sitio y, por desgracia, lejos del lugar donde mejor se explica lo que son, que es el aula localizada en Sedano.

Pero, además, pese a que nuestros dólmenes se les reserva un espacio en toda clase de folletos turísticos de la provincia de Burgos, todavía está por hacerse una campaña específica de promoción, un lanzamiento de envergadura proporcional a la importancia histórica y a la vistosidad de tan imponentes documentos prehistóricos. Y ahí, de nuevo, parece fundamental que intervengan con sus largos brazos las instituciones. La Junta de Castilla y León ha hecho, sin duda, un gran y loable esfuerzo para poner en marcha una iniciativa de conservación y de uso turístico de los dólmenes de La Lora burgalesa y ha gestado un proyecto vivo e imaginativo para la preservación de tan notables monumentos. Pero es evidente que ahí no termina todo y que todavía hace falta la tutela institucional para elaborar cuanto antes un modelo de gestión del recurso que permita decir con orgullo que los dólmenes de la zona representan el mejor y más bello ejemplo de desarrollo sostenible. Ese es el verdadero reto.

¿Y qué decir de Baudrillard, llegados a este punto? Que, el cronista sin compartir sus argumentos extravagantes ni su intransigencia, sí está de acuerdo con él en que, tal y cómo se conducen hoy en día multitud de actuaciones arqueológicas de campo, bien valdría

la pena renunciar a ellas o, siendo un poco menos drástico, reducir-las al mínimo imprescindible. Porque la sangría a la que está sometido hoy el patrimonio es tal –en un momento, paradójicamente, en el que la Arqueología es capaz de obtener mucho con bien poca erosión patrimonial (Bahn, 1998: 88)– que las generaciones futuras habrán de lamentarla sin pasar mucho tiempo. No creo, como teme Baudrillard, que el exceso de información y la obsesión por acrecentar ésta pueda acabar siendo una traba para comprender las cosas, esto es, que los árboles no nos dejen ver el bosque, porque el problema no es cuánto sabemos sino cuánto perdemos; pero su propuesta de detenernos o, por lo menos, de ralentizar la marcha para reflexionar sí nos parece una excelente recomendación antes de que el patrimonio arqueológico, finito y no renovable a diferencia de buena parte del natural, deje de ser una esperanza para los historiadores venideros. La cantinela sirve también, por supuesto, para cualquier proyecto de intervención en dólmenes: excavar únicamente lo imprescindible aplicando el más exhaustivo y rentable protocolo científico; y poner en valor sólo aquello que de antemano las instituciones se comprometan formalmente a proteger, tutelar y gestionar en el futuro. Porque las buenas intenciones y el voluntarismo, por sí solos, resultan a estas alturas insuficientes.

Agradecimientos: A Miguel Moreno Gallo, Manuel Rojo Guerra y Rodrigo Villalobos por habernos facilitarnos algunas de las fotografías que acompañan al texto. A Carlos Sanz Mínguez por el dibujo de planta y alzados de Las Arnillas. A Juan Carlos Barrena Pérez por la conversión de viejas diapositivas en imágenes digitales. Y a Francisco Sanz Tapias por la confección de la figura 1. Además, ha sido fundamental para la realización de este trabajo la consulta de la web “Megalitos de Burgos” (www.megalitos.es) creada por M. Moreno Gallo.

6. BIBLIOGRAFÍA

- ABOAL, R. Y PORTO, Y. (2012): *Intervencións de conservación e recuperación no xacemento de Forno dos Mouros (Toques, A Coruña)*. Report CAPA 31, CSIC-Incipit. Santiago de Compostela.
(<http://hdl.handle.net/10261/45081>).

- ARQUETIPO S. A. (1998): *Proyecto de Aula Arqueológica. Dólmenes de La Lora burgalesa*, Soria (original, mecanografiado, en depósito en el Servicio de Arqueología de la Junta de Castilla y León, Valladolid).
- BAHN, P. (1998): *Introducción a la Arqueología*. Acento Ediciones. Madrid.
- BASETA, F. (1996): “Procesos de conservación sobre monumentaria dolménica de montaña en relación a su entorno natural”. *Kobie* 23, 163-188.
- BAUDRILLARD, J. (1997): *La ilusión del fin o la huelga de los acontecimientos*. Anagrama. Barcelona.
- BUENO, P., BALBÍN, R. DE, BARROSO, R., CASADO, A. B. Y ALDECOA, A. (1999): “Proyecto de excavación y restauración en dólmenes de Alcántara (Cáceres): Segunda campaña”. *Trabajos de Prehistoria* 56 (1): 131-146.
- CARRERA RAMÍREZ, F. (2005): *El arte parietal en monumentos megalíticos del Noroeste Peninsular: dimensión del fenómeno y propuestas de conservación*, Tesis doctoral defendida en la Universidad de Santiago de Compostela.
- CEBRIÁN, F., YAÑEZ, J., LESTÓN, M., VIDAL, F. Y CARRERA, F. (2011): *El dolmen de Dombate: Arqueología, Restauración, Arquitectura*. Deputación de A Coruña.
- CLAVO, M. J. (1998): “Jean Baudrillard: Reflexiones sobre la Historia y el Tiempo a fin de siglo”. *Brocar* 22: 155-164.
- DAVIDSON, J. L. Y HENSHALL, A. S. (1989): *The Chambered Cairns of Orkney*. Edinburgh University Press, Edinburgh.
- DELIBES, G. (1995): “Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la Submeseta Norte”, en R. Fábregas, F. Pérez y C. Fernández (coords.): *Arqueoloxía da Morte na PenínsulaIberica desde as orixes ata o Medievo*. Biblioteca Limiá, Xinzo de Limia: 61-94
- DELIBES DE CASTRO, G. (2000): “Itinerario arqueológico de los dólmenes de Sedano (Burgos)”. *Trabajos de Prehistoria* 57, 2: 89-103.
- DELIBES DE CASTRO, G., MORENO GALLO, M. Y VALLE, A. DEL (2011): “Dólmenes de Sedano (Burgos) y criadero cuprífero de Huidobro: Una relación todavía posible”, en J. Sánchez Palencia, A. Gilman, C. Martín Morales y P. Bueno (eds.): *Libro de homenaje a María Dolores Fernández-Posse y de Arnaiz*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, Madrid, CSIC, pp. 35-61.
- DELIBES, G. Y ROJO, M. (1997): “C-14 y secuencia megalítica en La Lora burgalesa: acotaciones a la problemática de las dataciones absolutas referentes a yacimientos dolménicos”, en A. Rodríguez Casal (ed.) *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo. Actas do Coloquio Internacional de Santiago de Compostela*, 1996. Universidad de Santiago. Santiago: 391-414.

- DELIBES, G. Y ROJO, M. (2002): "Reflexiones sobre el trasfondo cultural del polimorfismo megalítico en La Lora burgalesa". *Archivo Español de Arqueología* 75, n^{os} 185-186: 21-35
- DELIBES, G., ROJO, M. A. Y REPRESA, M. I. (1993): *Dólmenes de La Lora (Burgos)*, Colección Guías Arqueológicas. Junta de Castilla y León. Salamanca.
- GARCÍA RUIZ, M. L. (1993): "La trepanación craneal entre pobladores neolíticos de la Lora Burgalesa", en *Actas del II Congreso Nacional de Paleopatología*. Asociación Española de Paleopatología, Valencia: 267-279.
- GIOT, P. R. (1983): "Review of *Michael J. O'Kelly: Newgrange: archaeology, art and legend*". *Antiquity* 57 (220): 149-150.
- HUIDOBRO, L. (1955): "Descubrimiento megalítico en Nocedo (Sedano)", *Actas del IV Congreso Nacional de Arqueología*. Institución Fernando El Católico, Zaragoza: 125-126.
- LE ROUZIC, Z. (1939): "Les monuments megalithiques de Morbihan: causes de leur ruine et origine de leur restauration". *Bulletin de la Societé Préhistorique Française*, 36: 234-251
- LERÍN, M., TARANCÓN, M. J., BARRIO, R., RUIZ, A. Y ARELLANO, O. (2004): "Los dólmenes de La Lora. Un proyecto integral para su proyección social como recurso histórico-cultural", en J. del Val Recio y C. Escribano Velasco (eds.) *Puesta en valor del Patrimonio Arqueológico en Castilla y León*, Serie Actas. Junta de Castilla y León. Salamanca: 69-79.
- LYNCH, A. (2014): "Newgrange revisited: new insights from excavations at the back of the mound in 1984-8". *The Journal of Irish Archaeology* 23: 13-82.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1974): "En torno a la cultura megalítica de la Rioja alavesa". *Estudios de Arqueología Alavesa* 6: 83-101.
- MARIEZKURRENA, K. Y BARRIO, L. DEL (2007): "Protección y difusión del Patrimonio Megalítico de Gipuzkoa". *Munibe. Arqueología-Antropología* 57: 465-471.
- MORENO GALLO, M. (2005): *Megalitismo y geografía. Análisis de los factores de localización espacial de los dólmenes de la provincia de Burgos*. Studia Archaeologica, n^o 93. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- NOCETE, F., BOLAÑOS, C. Y LIZCANO, R. (1999): *Más que grandes piedras. Patrimonio, arqueología e historia desde la primera fase del programa de puesta en valor del conjunto megalítico de El Pozuelo (Zalamea la Real, Huelva)*. Consejería de Cultura. Sevilla.
- O'KELLY, M. J. Y O'KELLY, C. (2002): *Newgrange. Archaeology, Art and Legend*. Thames and Hudson. Londres

- OLIVEIRA, J. DE (2016): "Exemplos de reabilitação de monumentos megalíticos no norte do Alentejo, Portugal", en *Actas do V Colloquio Internacional de Arqueologia. 22-25 de noviembre de 2016*. Instituto Cubano de Antropología, La Habana: 104-120.
- OSABA, B., ABÁSOLO, J. A., URÍBARRI, J. L Y LIZ, C. (1971): "El dolmen de Porquera de Butrón en la Provincia de Burgos", en *Noticiario Arqueológico Hispano XV*. Ministerio de Cultura, Madrid: 77-99.
- POISSONIER, B. (1996): "Mégolithes. Experimentation et restauration". *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 93 (3): 326-330.
- RIVERA BLANCO, J. (2005): "Nuevas tendencias de la restauración monumental. De la Carta de Venecia a la Carta de Cracovia", en *2º Seminário "A Intervenção no Património. Práticas de Conservação e Reabilitação"*, Vol. 1. Universidad de Oporto, Porto: 385-408.
- RODRÍGUEZ HIDALGO, J. M. (2001): "La restauración del dolmen del término, Gandul: Alcalá de Guadaíra y Mairena del Alcor". *SPAL* 10: 93-107
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, A., BAZETA GOBANTES, F. Y KHANDEKAR, N. (2015): "Megalithic burial monuments in the Basque Country. A proposal of analysis, diagnosis and intervention". *European Journal of Science and Theology*, 11(2): 107-118.
- ROJO GUERRA, M. A. (1990): "Monumentos megalíticos en La Lora burgalesa: exégesis del emplazamiento". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* 56: 53-63.
- ROJO GUERRA, M. (1993): *El fenómeno megalítico en la Lora burgalesa: sus relaciones con el Pirineo y la cuenca media del Duero*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- SAVORY, H. N. (1974): "The role of the upper Duero and Ebro basins in megalithic diffusion". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XL-XLI: 159-174.
- SOULIER, PH., BYRARD, C., CHANCEREL, A., DEVILLARD, L., LECERF, Y., y POISSONIER, B. (1996): "Restaurations, mises en valeur, diagnostics et sondages autant de destructions?". *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 93 (3): 331-341.
- TORPIANO, A. (1995): "The collapse and proposed restoration of a prehistoric megalithic structure", en C. Brebbia (ed.) *Structural Studies on Repairs and Maintenance of Historical Buildings. IV-2. Dynamics, repairs and restoration*. Wessex Institute of Technology. London: 235-243.
- URÍBARRI ANGULO, J. L. (1975): *El fenómeno megalítico burgalés*. Discursos de Ingreso en la Institución Fernán González de Burgos, Burgos.
- VAL RECIO, J. DEL Y ESCRIBANO VELASCO, C. (2004): *Guía de lugares arqueológicos de Castilla y León*. Colección Guías Arqueológicas. Junta Castilla y León. Salamanca: 62-69.